

CRONICA CULTURAL

Es de ahora la noticia. Se estudia la venida a España, para que aquí puedan proseguir sus estudios, de algunos centenares de universitarios católicos —croatas, polacos, eslovacos—, barridos por la guerra de sus patrias respectivas. Que esta patria nuestra pueda ofrecerles algo más que un hogar, algo que en cierto modo sea como un transunto de sus propias tierras, es cosa que no dudará quien considere atentamente que el adjetivo “católica”, que hermana tan diversas naciones, ha venido a crecer entre nosotros de modo suficiente para hacerse sustantivo. De los españoles dijo Ramiro de Maeztu que fué gloria el abrazarse a la Cruz del Salvador y convertirla en eje y razón de nuestra historia, para que a nuestra grandeza no la guiaran otros motivos que los de una idea universal; pero también el saber pelear como quién más las batallas del Señor, sin que diéramos por eso en proclamarnos su pueblo elegido, tocados de una soberbia de raza que, gracias a El, nos fué desconocida. Por eso fué posible la creación de esa «gran familia hispana», de la que unos estudiantes chilenos han venido ahora a contemplar, como dijo el Ministro de Educación Nacional, nuestro esfuerzo por «restaurar y fundar, hacer más erguido y profundo un nuevo orden de cultura, que tenga como base y como raíz aquellos principios cristianos que sostuvieron a nuestra Patria en la historia». Por eso, también, puede darse desde ahora la bienvenida a esos otros estudiantes europeos, hermanos de religión, con la seguridad de que en esta tierra, antes que nada católica, han de sentirse más cerca de las suyas que en otra alguna.

LA EXPOSICIÓN DE ARTE RELIGIOSO

Sólo que lo antes dicho ha de ser entendido rectamente. Pues no puede llevar a suponer que lo español falte; sí que el mejor modo de afirmarlo ha de encontrarse en la dedicación a la idea que un servicio de siglos incorporó, no obstante su universalidad y sin mengua de ella, a nuestro ser. ¿Por qué no contempló quien dudara de ello la Exposición de Arte religioso que los primeros fríos de enero vieron alzarse en el corazón del Retiro madrileño? Porque en ella pudieron los unos recordar, y aprender con pasmo los otros, una lección que no por vieja debe dejar de repetirse día tras día, a manera de ritual invocación; ésta: que la historia del arte religioso español es la historia del arte español.

Pero no estaría de más precisar: del verdadero arte religioso español. Pues uno teme ya que, al solo anuncio de la Exposición, más de un *dilettante* nutrido en las fuentes de Barrés y del «Fin del siglo» se nos vaya en derechura al Greco, y allí se nos quede, ignorante voluntario de otras tierras y otros horizontes. Y es verdad; el Greco estaba, como es natural, en la Exposición. «El Salvador», «San José y el Niño», «Jesús y los mercaderes», «Cristo con la Cruz a cuestas», «La Asunción», y, en fin, el «Expolio», como culminación de la maravillosa colección. Maravillosa, pero... ¿No será cosa de agregar: peligrosa? No en balde fueron modernistas quienes aclamaron primeramente al cretense, y expusieron sus pinturas, en triunfal y extraña procesión laica, al cielo azul, al color y a la luz mediterránea y pagana de Sitges. El Greco era, en gran medida, suyo; quiero decir, moderno como ellos, patético y atormentado. De sus obras dije alguna vez que equivalieron a cualquier análisis de Proust o de Gide que alguien hubiera colocado subrepticamente sobre la mesa de Felipe II; de un Felipe II que, por eso, pese a su indudable gusto por las artes y a su fino europeísmo, rechazó al Greco; porque no encajaba en el ambiente de El Escorial. Porque no podía aspirar a ser más

que genial excepción en un arte bastante más sano y lúcido de lo que pudiera dar a entender su sola obra.

Bueno es, por eso, que junto al cretense estuviera todo lo demás. La llama, también, temblorosa y retorcida como troncos de viejos olivos milenarios, de las tallas de Montañés, Gregorio Hernández o Salcillo; las Piedades de alabastro; los Velázquez y Murillo, los Zurbarán, los Ribera...; cuanto ciertamente es más afortunada expresión de un sentimiento religioso profundo, y, por eso, podría decirse que trágico, pero esencialmente equilibrado; expresión que era allí, además, cristalización de un tesoro nacional muchas veces más rico. Tal día, ya pasado, quizá uno se sintió atraído, bajo la sequedad indecible de un mediodía castellano, por la fresca obscuridad de una parda, pobre iglesuca, perdida entre las pardas, pobres casas del lugar; y allí estaba el retablo que entonces se descubrió en un rincón del maternal y adusto páramo que cantara Unamuno. Y allí estaba, junto a él, el recuerdo del pórtico de la Gloria, que pudo contemplarse en la jugosa e íntima Galicia, en Santiago la de los peregrinos, al son de la lluvia sobre las anchas losas de piedra, o la escultura románica que nos sorprendió en aquella catedral dorada por la luz de Levante, entre palmeras y naranjos. Relieves y tablas, candelabros, vestiduras, custodias, relicarios, tapices y breviarios, todo un tesoro se dió cita allí. ¿Para mostrarnos un pasado? ¿Y por qué no un porvenir? No se trata, por supuesto, de predicar una temática exclusivamente religiosa, que, por lo demás, no tendría por qué seguir inexorablemente los viejos carriles gastados. A propósito, creo que de la religión en la enseñanza, alguien proclamó, como más urgente que una Facultad de Teología, espíritu teológico en las Facultades. ¿Por qué no aplicar el dicho al arte? A la libertad en la creación no es cosa de asfixiarla con arte elaborado a golpe de tambor; sí es cosa, empero, de ir la preparando los caminos. Un espíritu religioso acabará por producir un arte, sino siempre formalmente religioso, siempre penetrado de ese espíritu: que ya es bastante, y aun todo cuanto se debe pedir. Tanto más cuanto que eso sería el mejor modo de lograr

arte a secas : que aquí también tiene aplicación, para cuantos aun se arroban ante añejas formulitas de arte por el arte, la enseñanza : Quien busque sólo el arte, se perderá a sí y perderá el arte ; y quien renuncie a él, lo encontrará.

DEL SALÓN DE LOS ONCE AL MUSEO DEL PRADO

Pero un arte puede, sin ser estrictamente religioso, acercarse o entrar de lleno en lo que digo, si trae un mensaje, si dice algo. Fuerza será, entonces, reconocer que todo el arte español, y aun toda nuestra cultura, han sido religiosos. Por los tiempos en que aun palpitaba el gran dolor de la otra guerra, cuando también se hablaba de decadencias de Occidente, Keyserling, pensador a la moda, aseguraba de los españoles que éramos la reserva espiritual de Occidente, y ello porque habíamos centrado nuestro esfuerzo en crear hombres. Ya se comprenderá que, por eso, nuestro arte no han podido ser nunca sólo arte, sino arte humano, y aun, puestos a extremar, muchas veces con más de humano que de arte (lo cual, en cualquier supuesto, me parece preferible al otro extremo, el del arte sin humanidad). Artistas humanos, con algo que decir, fueron los tres que perdimos en el año pasado : Sert, Zuloaga, Solana. Artistas, por eso, con lección.

A recogerla han acudido diligentes, por una parte, el Instituto Británico de Madrid, con su Exposición de artistas ingleses y españoles, en homenaje a los tres grandes desaparecidos ; por otra, la Academia Breve de Crítica de Arte, que, dirigida por ese seguro guía que es Eugenio d'Ors, ha inaugurado el tercer Salón de los Once en homenaje a Solana.

¿A Solana? Sí, sin duda, d'Ors, a propósito de la conferencia que el pintor y crítico argentino Jorge Larco diera sobre Piero de la Francesca (cuyo cuadro «Federico de Montefeltro adorando a la Virgen», que el pintor ejecutara para el Municipio de su villa natal, Borgo San Sepolcro, era para Aldous Huxley el más perfecto del mundo), no dejó de aludir a los pintores arquitecturales, como modelo más seguro que los Solanas. Sin duda, tampoco dejó de señalar sus preferencias por la Villa rotonda, de Palladio, en Vicenza, a la

que calificó como la obra de arte más perfecta. Pero la obra humana más perfecta no deja de ser limitada, y bueno es que haya quien nos lo recuerde; buenos, los Solanas, por muy anticlásicos que se nos presenten. En la Exposición habló D'Ors; antes, Murlane Michelena, que entabló tres diálogos con la obra de Solana: el de las máscaras, el de la muerte y el del hidalgo, y se marchó sin decirnos dos: el de las procesiones y el de las mozas del partido. En la Exposición hablaron también las obras de los Once, donde esta vez se alinearon Joaquín Vaquero, Juan Antonio Morales, Eduardo Vicente, Rafael Zabaleta, Marsá Figueras, José Caballero, el francés Dampierre, el grabador Ricart y los escultores González Moreno y Angel Ferrant. ¿Sobre qué nos hablaron? En todo caso, sobre su contestación a Solana. Contestaciones har- to diferentes para traerlas aquí. Quien trate de encerrar en un común denominador factores tan dispares como el realismo de Figueras y el lirismo de Eduardo Vicente, o el áspero superrealismo de Zabaleta, sabrá comprenderme.

¿Superrealismo? ¿Modernidad? No será entonces tan grande el salto que hayamos de dar para ir a parar a Goya, o, por mejor decir, no habrá que dar ningún salto. Contemplemos estos dos Goyas que han pasado al Prado. Del retrato de Juan de Muguero, pintado a los ochenta y un años, en Burdeos, ha podido decirse que es más moderno que Manet. En todo caso, ahí está ya el impresionismo. Toda la modernidad. Y, al mismo tiempo (y esta es la lección), toda la españolidad del colosal pintor baturro.

POSTISTAS, POETAS Y PROSISTAS

Mas estamos de lecciones; vaya otra. La que el propio D'Ors (sobre el cual se comprenderá la insistencia, si se piensa que ahora va a cumplir su «Glosario» los cuarenta años de edad) dió, al recordar, en la coyuntura indicada, la necesidad de superar con un inteligente universalismo el aldeano nacionalismo que, sin ir más lejos, opuso un Museo de Arte moderno, compuesto exclusivamente de obras españolas, a un Museo del Prado, donde, junto a la más alta pintura nacional, se alinea, hermanada, la más considerable producción mun-

dial. Sucede con la cultura como con los idiomas. Vivos, todo lo asimilan; muertos, no son aduanas ni proteccionismo lo que más eficazmente puede resucitarlos. Sí, en cambio, orientarlos hacia su propia entraña, siempre que esto no suponga rodearles de un caparazón espeso que los aisle de su circunstancia. Para servir están las culturas, y han de buscar la manera de mejor hacerlo, que no puede ser sino encontrándose a sí mismas y encontrando su hora.

¿Es fiel a su hora el postismo? Pero, ¿qué es el postismo? El último ismo, se explicaba en la primera, si no me engaño, de estas crónicas. Ese ismo postrero e indígena ha lanzado ahora (y esta es la razón de traerle de nuevo a estas columnas) un segundo manifiesto, donde nos viene a decir que trata de retornar al punto en que se interrumpió el cubismo, para desde allí seguir, para buscar la poesía pura, para hacer del lenguaje, no un medio de expresión, sino una fuente de inspiración; para, en suma, encontrar la belleza del desequilibrio, especialmente en manifestaciones como las del arte de los enajenados, de los niños y de los salvajes; para... Mas, uno, ¿no recuerda expresiones extrañamente semejantes a esas? Hubo una época, y no tan lejana como para haberla olvidado, que se lanzó a bucear en el arte de los desequilibrados, e hizo del primitivismo y del arte puro los evangelios de una nueva redención —que no ha llegado, por cierto—. Y, además, esas expresiones del postismo, que canta la libertad, hasta llegar al punto del disparate, y se define a sí mismo como la locura inventada... Por supuesto, que de una locura que ha de inventarse se empieza por sospechar que no sea verdadera locura. Pero es que, sobre todo, no locura, sino orden, anda pidiendo el mundo. Es verdad que estos señores del Manifiesto se justifican diciendo que, precisamente porque son respetables, les gusta un poco de juerga. También a Don Quijotes, amigos; también a Don Quijote le vinieron ganas, cierta vez, de un poco de juerga, quiero decir, de hacer el loco por las breñas de Sierra Morena. Pero anoten ustedes esto: que, como hombre prudente que en el fondo era, se fué para eso a las breñas de Sierra Morena.

Ya que no Manifiestos, Leopoldo Panero ha escrito versos. De *La estancia vacía* sólo se conoce parte. Dígase de ella.

con palabras que pediré prestadas a otro poeta de este tiempo, Dionisio Ridruejo, que revelan a un poeta en quien han sabido conjugarse la educación de la sensibilidad que permitió Juan Ramón Jiménez, el humanismo de Antonio Machado y la libertad discursiva, confidencial, de Unamuno. «*La estancia vacía* —concluye Ridruejo— es un mundo: el de la soledad entristecida, pero con sabor a Dios.»

Y Rafael Sánchez Mazas, además de versos, ha escrito prosa. Aun tengo en la boca el gusto amargo, como de áspero vino lugareño, de su última poesía, y me viene la noticia de la publicación de sus *Lances de boda*, donde ese mundo entre señorial y campesino, que sólo entrevimos a través de tal cual cuento en la prensa, se nos entrará en casa para instalarse en nuestra biblioteca, bien guarecido entre las tapas de un libro, listo a depararnos, cuando lo queramos, la delicia de una prosa que es, probablemente, lo más admirable que se da hoy en España. Pues de Sánchez Mazas, que igualmente compone versos al mal naipe que deliciosos cuentos rosas sobre el método de Ahn, se ha dicho, y con razón, que es el único que hoy inventa algo seriamente. Y algo más, a mi juicio, definitivamente: que si hiciera falta volver a escribir *La Celestina*, *El Coloquio de los perros* o *Fortunata y Jacinta*, habría que llamarle. Precisamente a él.

LA VIDA CULTURAL

A lo ya señalado, ¿qué añadir? Que se celebró en Madrid el XXVIII Salón de Humoristas, fundado por José Francés, y un homenaje al Director General de Bellas Artes, don Juan Contreras, Marqués de Lozoya, historiador, crítico y escritor, y el I Salón Femenino de Bellas Artes; que se ha concedido el ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio a tres pintores: Marceliano Santa María, Eduardo Martínez Vázquez y Fernando Labrada Martín; que el Premio Eugenio Nadal 1945 se otorgó a José Félix Tapia por su novela *La luna ha entrado en casa*; que la medalla de oro de Barcelona se entregó a Marquina, de quien ahora ha repuesto el Español *El monje blanco*; que en Bilbao se estrenó la *Sinfonía pirenaica*, obra cumbre de la carrera de Guridi, y en Sevilla se rindió homenaje

a los Quintero, descubriéndose una lápida en el teatro donde, el 30 de enero de 1888, estrenaron su primera obra, *Esgrima y amor*. El Presbítero D. José Pérez Carmona ganó el Premio Bofarull 1945 con su estudio sobre *Aportaciones españolas al Concilio de Trento*, y el poeta D. Lope Mateo, el Premio Manuel Lorente, de la Real Academia Española. Y, sobre todo, como noticias de gran envergadura, dése la celebración de la I Asamblea Nacional de Graduados y las nuevas de una primera Exposición Nacional de Cinematografía en Zaragoza, y de un curso, en el Ateneo de Madrid, sobre los Estados Unidos de Norteamérica, donde todas las facetas de la colosal potencia, desde las culturales a las políticas y deportivas, serán examinadas por más de treinta conferenciantes, entre ellos los Obispos de Tuy, Dr. López Ortiz, y Auxiliar de Madrid-Alcalá, Dr. Morcillo; S. A. el Infante D. José Eugenio de Baviera y Borbón; el Presidente de la Real Academia Española, D. José María Pemán; el Marqués de Lozoya, Director General de Bellas Artes; Marañón, Jiménez Díaz, Fernández Flórez, Barcia Trelles, Pérez Serrano, Leopoldo Panero, Cayetano Luca de Tena, Jardiel Poncela, Lissarrague y Ruiz Jiménez.

El Cardenal Arzobispo de Toledo, Dr. D. Enrique Plá y Deniel, ha sido elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la vacante de Fr. Manuel Barbado Viejo, y el doctor D. Carlos Martín Álvarez, en la del Vizconde de Eza. D. José María Zumalacárregui ha sido recibido como académico de número en la misma Corporación, y en la Real Academia Española, D. Juan Ignacio Luca de Tena, comediógrafo, periodista y embajador, que pronunció su discurso de ingreso, y José María Pemán, que le respondió, trajeron al recinto austero el aroma de la amable Sevilla quinteriana, pues de los Quintero y de Sevilla trató en su discurso ese Marqués de Luca de Tena, que, como dijo Pemán, era ya tantas cosas antes de nacer, que tuvo que pelear de veras para poder ser él mismo.

Pero con todo ello no hemos salido en gran parte de Madrid. Y en las provincias, ¿qué? Pues no toda la vida cultural se agota en Madrid, ni muchísimo menos. La mayor parte, sí. Aun adolecemos de ese pecado de desmesurado centralismo que hizo a un Ortega y Gasset, si bien no tratara precisamente de lo que ahora nosotros, lanzar su llamada a las provincias. Porque de éstas ha de venir la redención, y en ellas tendrá que encontrar toda cultura sólidas raíces, o habrá de resignarse a ser pura flor de estufa, desarraigada. Con todo y con eso, aun ahora la vida local es lo bastante intensa como para dedicarla una parte de esta crónica, tanto más cuanto que el ser ésta de los primeros meses de 1946 permitirá un recuento de actividades pasadas, que poco más adelante resultaría, cuando menos, inoportuno.

Pero nada, es claro, de recuento minucioso ni aun equilibrado. No nos será preciso recorrer todas las provincias para obtener una impresión fiel. Mucho menos descender a la manigua de conferencias y cursos, publicaciones y conciertos, Exposiciones de pinturas y fundación de revistas. Y tampoco colocar el comentario donde la pura noticia se basta y sobra. Abrase, pues, el número de *La Estafeta Literaria*, de Madrid, en que se nos da puntual relación de cuanto en el año 1945 tuvo lugar en las provincias, y anótese, al azar, algún que otro dato. Su conjunto nos dirá qué papel jugó la periferia en los azares culturales de la nación entera.

Aprenderemos así que el Ministerio de Educación Nacional ha adquirido la Biblioteca Teresiana, que, a precio de constancia y vocación, fundara en Avila el Marqués de San Juan de Piedras Albas, y llegó a poseer treinta mil volúmenes, de ellos unos cuatrocientos setenta incunables y trescientos manuscritos antiguos; que el Ayuntamiento de Valladolid recuperó tres valiosos documentos de Alfonso X y Alfonso XI; que en Nájera, en la Rioja, se va a restaurar el Monasterio de Santa María la Real, panteón de los reyes de Navarra; que en Azcoitia, fieles seguidores del impulso cultural que diera antaño vida a la Real Sociedad Vascongada de Amigos del

País celebraron su Asamblea anual, e inauguraron el Musco de Peñallorida, y, en fin, que en la misma provincia de Guipúzcoa se inauguraron nuevas salas en el Museo de San Telmo, una Exposición de pintores guipuzcoanos y la XIII de noveles de la provincia. Pero aprenderíamos también que, por ejemplo, en este campo de la pintura, tan ahincado en el ser nacional, no pueden silenciarse el III Salón de artistas aragoneses, ni la quincena de la acuarela en Zaragoza, ni una actividad en Valencia de lo que son muestras la Exposición de Sorolla, la de artistas valencianos fallecidos, la de artistas franceses contemporáneos, y la de acuarelas, dibujos y grabados alemanes de los siglos XIX y XX, ni el movimiento artístico de Palma (Exposición pictóricobibliográfica, Exposición del arte decorativo, IV Salón de Otoño, Salón de Primavera), o de Barcelona, donde se dieron en el año pasado más de mil expositores de pintura, y manifestaciones colectivas de la envergadura de la que tuvo lugar en los salones del palacio de la Virreina sobre el arte en La Pasión de Nuestro Señor. Todo lo cual no es, por lo demás, sino manifestación parcialísima de una corriente que en Santander, por ejemplo, animó los cursos de la Universidad Menéndez y Pelayo, gemelos de los que la Universidad compostelana celebró en Vigo durante el verano, y permitió la reaparición del *Boletín* de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, y en Sevilla, la labor del Ateneo y de la Escuela de Estudios hispanoamericanos, y en Oviedo, la del Centro de Estudios asturianos (últimamente incluido en el árbol, no falto, ciertamente, de ramificaciones, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), o en Santiago, los Juegos Florales celebrados con motivo de las fiestas jacobeanas, o en Vigo, la Feria del Mar, donde se pretendió glosar, y con vivos ejemplos de ediciones príncipe de nuestras Cosmografías y Libros de Navegación, la frase de Julio Guillén: «Europa aprendió a navegar en libros españoles». Todo ello cosa pasada, que si hubiera de tratarse del presente no llevaría poco espacio tratar de ese Museo de Bellas Artes de Valencia, ahora inaugurado, uno de los mejores Museos provinciales de España, y cuya pinacoteca, donde brillan las tablas de los primitivos valencianos, es importantísima. Al viejo caserón anterior, dijo el Ministro de Edu-

cación Nacional, sustituye ahora el magnífico palacio de San Pío V.

LA CULTURA ESPAÑOLA EN PORTUGAL

Cuando el heterogéneo conjunto de escritores que hemos dado en llamar generación del 98 hizo su aparición en la España rala de su tiempo, hacía un decenio que en Portugal surgiera otro grupo parejo: el que allí se ha llamado generación de 1888, idénticamente sombría y suicida, falta de conceptos y de disciplina, sobrada de pensamiento extranjero y ayuna del propio, pero rica en valores artísticos extraordinarios; generación que, por eso, y como la nuestra, no pudo por menos de destacar como coloso en el mundo pequeño de unas sociedades espiritualmente reducidas a la servidumbre colonial. Paralelas como en todo momento han sido las historias de los dos pueblos, en sus grandezas como en sus miserias, la cosa no tiene nada de extraño. Tampoco, por eso, que haya sido ahora un español, Eugenio Montes, quien haya acertado a dar en Lisboa la más exacta interpretación de la gran figura romántica de Eça de Queiroz.

Eça de Queiroz o el estilo fué el título de la conferencia, y su resultado, el desvelar la honda contradicción que a Eça —como a ese otro peninsular, cónsul también, ensayista también e igualmente europeizante, Ganivet— le atormentó durante toda su vida: una contradicción entre su cerebro y su sangre, entre formación y tendencias. Españoles a pesar suyo, llamé alguna vez a nuestros grandes desorientados del 98. ¿Y no podría decirse algo semejante de los otros desorientados del 88 portugués? Pues si su bagaje instrumental les insertaba en su tiempo, ¿acaso lo más íntimo, insobornable y desconocido de su ser no les incitaba a despreciar ese tiempo suyo, esa civilización cuantitativa y acumulativa de muchas cosas, pero sin alma, que, de puro no proponerse sino la dicha, recalcó Montes, acabaría en la desdicha, una desdicha que en la época de Eça aun no pasaba de hastío, pero que en la nuestra se trocaría ya en real dolor y en tragedia?

Esa honda, trágica contradicción entre tendencias y doctrinas, entre necesidades y soluciones, ellos no supieron re-

solverla. Una cultura católica, sí. Mostrar la solución es la enorme responsabilidad, pero también la gran justificación, de la cultura católica contemporánea. Por eso, de la española. Y dar fe de esa solución, precisamente en aquel campo donde más inmediatamente urge su aplicación, es, en último término, lo que Fernando María Castiella ha hecho en Lisboa, en la conferencia por él pronunciada sobre un internacionalista español, que fué profesor en Coimbra e inició la doctrina internacional del contrabando de guerra: Martín de Azpilcueta. Porque es dar fe del Derecho internacional; del Derecho que fundó Vitoria, expuso Grocio y cuya filosofía construyó Suárez, según Brown Scott; un Derecho que formaron a la vez Serafín de Freitas, desde Valladolid, y Luis de Molina, desde Evora, y Martín de Azpilcueta y Suárez, desde Coimbra; Derecho, pues, ibérico en sus dos terceras partes y aun más. Así se recordó en Madrid cuando el Instituto de España conmemoró el centenario de Vitoria, con intervención del señor Yanguas Messía, por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y de D. Eloy Bullón, por la de la Historia. Así hubo de recordarlo Castiella en Lisboa.

Castiella, Director del Instituto de Estudios Políticos, ha ido a Lisboa como decano de la Facultad más joven de la Universidad española, la de Ciencias Políticas y Económicas, con una misión universitaria, de la que formaban parte los catedráticos de Estadística, señor Fernández Baños, recientemente fallecido; Teoría Económica, señor Andrés Álvarez; Estructura Económica, señor Ruiz Morales, y Derecho Administrativo, don Segismundo Royo-Villanova. Ha inaugurado esa misión un intercambio cultural del que mucho puede esperar el porvenir. Pues no por vecinas, ha dejado de ser la historia de las dos naciones más bien indiferente desconocimiento que amistoso coloquio; y, sin embargo... «Novios, pero sin que se hable de boda», decía, refiriéndose a las relaciones hispanolusas, Antonio Ferro, a lo cual uno debió objetar: *no novios, sino hermanos. Pero hermanos, era preciso convenir, no demasiado cordiales.* Ahora, cuando nos esforzamos por conocer mejor aún a los miembros de la familia lusa de Ultramar —y de ello da fe la fundación de un curso de lengua y literatura brasileña en la Universi-

dad de Barcelona—, ¿qué no será con respecto a esta otra nación junto a la cual vivimos? Cuando el tiempo de esas generaciones paralelas a que antes me refería, esto es, cuando toda nuestra gente se inclinaba, reverente, ante la ciencia y las cosas de puertas afuera, sólo Unamuno, entre nosotros, se volvía hacia ese

jardín da Europa, a beira mar plantado,

donde todo le atraía, desde la lengua, dengue y halago, «sobre todo para los que tenemos hechos los oídos —decía— al recio martilleo del huesudo castellano», hasta la por él llamada «dulzura del aburrimiento y miel de la modorra». Pero aun ese amor, razoné alguna vez, ¿no tenía mucho de lentes del 98? ¿No era, en gran parte, amor de cementerio, que no de resurrección, amor romántico, lastimero y crepuscular? Ni es Portugal esa hermosa y dulce muchacha campesina que Unamuno veía, sentada a orillas de la mar, de espaldas a Europa, mirando cómo el sol se pone en las aguas infinitas, ni él ni España han dejado atrás, perdido, su ser. Por el contrario, aún les aguarda mucho que hacer y mucho que decir. Y de que las cosas, en ese, como en tantos otros terrenos, van bien, es prueba suficiente una serie de hechos, muchos de ellos recogidos en estas crónicas, el último de los cuales habrá de ser este fecundo viaje a Lisboa de Castilla y de sus compañeros.

«No hay pueblo que no tenga su día en la historia. Para España ese día es una eternidad.» Cuando el Excmo. Sr. don J. Caeiro da Mata, Ministro de Educación Nacional de Portugal, que ya antes lo fué de Asuntos Exteriores, embajador, presidente de la Asamblea de la Sociedad de Naciones e internacionalista, pronunció esas nobilísimas palabras, que de tantas otras amargas nos compensan, algo desapareció para siempre; todo ese pasado de mutuo desconocimiento y, lo que era aún peor, de mutua desesperanza, a que he aludido. «Escribir en España, es llorar», decía Larra: y, «amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!», respondía, por su parte, Antonio Nobre. Pero hoy Portugal es esa realidad de día en día más floreciente que pudo contemplarse en el

cuadro magnífico del Instituto Superior de Ciencias Económicas y Financieras, donde tuvieron lugar las conferencias de nuestros profesores; y España, esta «España intelectual de nuestros días, brillante continuadora de las gloriosas tradiciones de antaño», como dijo Caeiro de Mata, se encuentra en un renacer cultural del que ciertamente se congratuló don José Ortega y Gasset, que, presente en todas las conferencias, mantuvo continuo y estrecho contacto con los intelectuales españoles. España trágica y muerta, Portugal donde, diría cierto español, todo es elegíaco y triston, ¿dónde habéis quedado? En las palabras del doctor Caeiro da Mata, con ocasión de presentar a Fernando María Castiella, hay fe en España. Y en las palabras del decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas —el experimento cultural más interesante de nuestros últimos años, ya emproado hacia un seguro porvenir— hay fe en Portugal. «Únicamente aquí, en esta vieja esquina de la tierra, en esta península ibérica que es como la mano de Europa tendida hacia el océano en un afán universalista, únicamente aquí se podrán encontrar los cimientos de un Derecho internacional con bases inconvencibles». La ovación que retumbó en la sala ante esas palabras fué rúbrica a una común fe en los dos pueblos.

Alguna vez pensé, contemplando la ciudad portuguesa de Valença desde la española Túy, que la historia de esas dos ciudades venía a ser un símbolo del vivir nuestro durante tantos años: un saludar mañanero de las campanas de Túy a la filigrana barroca de los campanarios de Valença; un temporal adiós que la ciudad portuguesa —rojiblanco bucólico de sus casas sobre las verdes murallas de yedra— daba cada atardecer a la ciudad española; un desgranar día tras días sin otro quehacer que contemplarse. Ya, no. «¿No hay algún nuevo mundo del espíritu cuyo descubrimiento nos reserve Dios —se preguntaba, dubitativo, Unamuno—, cuando osemos, como los héroes de Camoens, lanzarnos a mares de antes nunca navegados, en espirituales carabelas labradas con madera de los bosques de nuestro pueblo?» Sí, lo hay; el que, en Lisboa, ha señalado Castiella. España y Portugal, destínos paralelos. Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la

mar, que es... no el morir, sino un vivir imperecedero. No todo lo hace la fuerza, ni las escuadras, ni las materias primas, y aún tenemos algo que decir en el mundo, y aún podemos regocijarnos, en medio de las tinieblas presentes.

porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos
[himnos
lenguas de gloria...

SIR WILLIAM BEVERIDGE EN LA CENTRAL

Pero aún hemos de ocuparnos de Castiella. El, en efecto, nos ha traído a Sir William Beveridge, y el acontecimiento es de magnitud suficiente para que no pueda silenciarse el aplauso al joven decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

Pues de Sir William Beveridge poco, por lo demás, se puede decir. Poco, es claro, por lo mismo que el solo nombre se lo dice todo. Un economista al modo humano y amable de aquellos economistas tan chapados a la antigua como para ser, además, moralistas, se ha dicho de Sir William, llamándole, también, de esta otra manera, más entrañable y directa. Bien; en cualquier caso, un nombre mundial. Ante él no he podido por menos de irme con el pensamiento a aquel Quijote a la moderna, pero hablando inglés, que G. K. Chesterton imaginara deshaciendo entuertos por la verde campiña de una «merry England» rediviva. Por lo menos, los gigantes —que esta vez no eran molinos— ahí estaban; esos cuatro jinetes apocalípticos que otro inglés, Hilaire Belloc, diseñara —abocetados, es natural, y sin pararse en barras ante menudos detalles—, cuyos nombres, como es obvio, escribiré yo aquí con mayúsculas: el Contrato, la Competencia, el Monopolio y la Usura. Quizá Beveridge no llame así a sus fantasmas; en cualquier caso, bástenos el hecho de que los tiene y de que los suyos, poco más o menos y sean cuales fueren sus etiquetas, habrán de coincidir en no escasa medida con los de Belloc. De ahí que también se me antojara ver allí también, listo a combatirlos, a este profesor, que hace años lanzara a la locura del mundo el aparente despropósito de un mensaje de paz.

Porque su «Beveridge report» —la obra cumbre de su vida— no es sino eso. Sí, un informe sobre un plan unitario de seguros sociales; pero también la obra cuajada de quien a los fantasmas de Belloc opone el exorcismo de lo que, por una parte, llama —con mayúsculas también— Seguridad Social, y, por otra, Ocupación Total. Que todos los hombres estén asegurados frente a cualquier clase de riesgos; que, en todo momento, todos tengan trabajo. Y ello dentro de una sociedad libre. Hay, seguramente, otros exorcismos, y algunos, probablemente, más eficaces todavía que los de Sir William. Pero de que éstos lo son, de que se trata de válidos exorcismos, enteros y verdaderos, estamos convencidos; y aunque lo estuviéramos desde hace años, mucho será, sin duda, lo que del profesor británico hayamos aprendido.

Cuando sus conferencias (con las que ha inaugurado la cátedra de Seguridad Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, dotada por el Instituto Nacional de Previsión), ministros, altos funcionarios, economistas, hacendistas, hombres de ciencia y de letras, estudiantes, llenaron hasta colmarlas las aulas de la Central. No pasó cícrtamente inadvertida la dimensión del acto que allí se celebraba a cuantos, con redoblado fervor, siguieron, día tras día, la exposición del economista británico. Puede, por ello, asegurarse que la huella de su paso por nuestra cultura será perceptible durante mucho tiempo. Pero Sir William Beveridge no se ha conformado con ser huésped de Universidades y Centros oficiales; ha querido serlo también no menos que de España, quiero decir del pueblo español, en todas sus dimensiones. De ahí que haya paseado por todas partes su desaliñada y cordial figura 'de viejo economista, accreándose a las gentes de la calle para inquirirlo, curiosamente, todo; desde el precio de los zapatos hasta los elementos de la comida de un trabajador, que ningún saber nuevo ha de estorbarle a un profesor. Habrá habido quien por tal le tomara; no faltó el obrero que, compadecido ante una curiosidad que juzgó más bien venida de apetencias físicas que intelectuales, requiriera navaja y, en ademán y gesto españoles, le ofreciera al bueno de Sir William una parte de

su pan. Sin cumplidos, como se dice y se hace entre nuestra gente. Por ello, ya que no el pan, sí puede haberse llevado Sir William una idea cabal de lo que somos. Y no está el mundo tan sobrado de esas ideas como para que el solo pensamiento no deba regocijarnos.

INTERCAMBIO CULTURAL

Al mismo tiempo que Sir William Beveridge en la Universidad Central, un compatriota suyo, el agrónomo Mr. Gilbert Wooding, ha dado varias conferencias sobre su especialidad, también en Madrid. Y, al par que la inauguración, en Lima, de la Asamblea Interamericana de Universitarios Católicos de «Pax Romana», presidida por el catedrático español, miembro del Instituto de Estudios Políticos, presidente de «Pax Romana», señor Ruiz Jiménez, leo que se han creado becas para ampliación de estudios en el extranjero de catedráticos y profesores de Universidad. Ni paletismo ni casticismo, se ha comentado a propósito de ello; ni boba adoración a lo de fuera, por ser de fuera, ni estúpido engreimiento con lo propio, únicamente por propio. De los dos extremos hemos adolcido alguna vez. Del primero, en particular, están recientes las huellas de una especial casta de pensionados que, si nos trajeron bastante de bueno, nos perdieron, en cambio, el alma, y váyase lo uno por lo otro. Pero es el caso que, a lo menos en tiempos mejores, nunca necesitamos demasiado de tales advertencias; puesto que, providencialmente —lo dije al comenzar la crónica—, nuestro casticismo máximo sobrevino justamente cuando nuestra más generosa ósmosis con el exterior. Creo que ahora, también, avisos de ese jaez serán innecesarios. De ahí que me congratule por este intercambio que se anuncia y que ya se logra. Mandar fuera a nuestros hombres y traerlos a los de fuera; para que éstos nos enseñen; también, ¿por qué no?, para que nos conozcan.

EL SEGUNDO CENTENARIO DE GOYA

En este año, en que se conmemora el bicentenario del decorador Ramón Bayeu, y de Luis Paret —“el pequeño Wat-

teau madrileño», ha dicho Lloset Marañón—, el 30 de marzo ha visto cumplirse dos siglos del nacimiento, en Fuendetodos, de D. Francisco de Goya, pintor español. La Subsecretaría de Educación Popular lo ha conmemorado con un ciclo, en el que han participado el Marqués de Lozoya, Eugenio d'Ors, José Camón Aznar, Enrique Lafuente y Francisco Javier Sánchez Cantón; el Centro de Instrucción Comercial, con otra serie de conferencias a cargo de Andrés Ovejero, Fernando Chueca Goitia, Fernando José de Larra, José Subirá, Eduardo Navarro, Enrique Lafuente y el Marqués de Lozoya; el Ayuntamiento de Madrid, con una función en el Teatro Español; la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con una ceremonia religiosa en el Museo-panteón de Goya, en San Antonio de la Florida, y con la inauguración de una Sala de su Museo, dedicada al pintor; el Instituto de España, en fin, con una sesión solemne, en la cual intervinieron D. Manuel Gómez Moreno, por la Real Academia de San Fernando; el Sr. Sánchez Cantón, por la de la Historia, y el poeta Manuel Machado, por la Española. Esto sólo por lo que toca a Madrid. Todo, como se ve, muy a punto y entonado con un centenario. Todo, sin embargo, poco, muy poco, si no se hubiera pasado de ahí, quiero decir, del recinto de las Academias o del dintel de los discursos.

Goya es mucho más que un muerto ilustre. No centenarios, sino semanarios, diarios, gritaba Gómez de la Serna desde Buenos Aires. Con razón. Los críticos competentes nos explicarán por qué Goya es moderno —¡y tan moderno!—. Entrarán ahí subjetivismo y movimiento, expresionismo e impresionismo, cuanto viene a dar fe de por qué razón, tras él, nada ni nadie ha podido borrar la huella gigantesca de su paso. Pero ésta no es crónica de pintura, sino cultural, y bástanle como razones de la modernidad de Goya... Pues sí, esas mismas brujas, esos machos cabríos que se dijieran arrancados de una medieval noche de Santa Valpurgis, pero que a mí se me antojan más bien adivinados en esta noche en que ahora se hunde la humanidad. Hay, ciertamente, el Goya reidor y aun dieciochesco del Manzanares y de la

pradera de San Isidro; un Goya luminoso a lo Watteau, se ha dicho. Pero recuérdese, por de pronto, lo que ya observó... —¿y quién otro podía haberlo observado?— d'Ors: cuánto hay en Wateau de Rubens; de Rubens, que vale como decir de puramente humano, de materia, de sana animabilidad. Y lo que es sólo humano, humano sin disciplina, ¡ay, que está muy cerca de caer en lo infrahumano, en bestias y monstruos, borrones informes que parodian cuerpos, inconsciencia y complejos freudianos, peleles y aquelarres, y ese humo denso que asciende del abismo dibujando vagos contornos donde reconocemos espantados lo peor de nosotros, ese mundo en que imperan soberanas las oscuras potencias de lo subconsciente y que no es, en suma, sino lo que ya se dijo: *cauchemar plein de choses inconnues!* Al Greco se le calificaba también, al principio de esta crónica, de *moderno*; por querer pintar almas; almas solas, escamoteándonos el cuerpo. ¡Qué, sin embargo, de su modernidad junto a la turbadora de este Goya, símbolo acaso el más característico de una edad, más que Goethe, más que Napoleón, más que Beethoven; genio, pero hombre y sólo hombre, sin un soplo de espiritualidad, sin una brizna de religiosidad, gran ateo del arte, plantado, como un coloso, de espaldas a la fresca luz de sus cartones, que son ya Pasado, para mostrarnos en sus pinturas negras, sin paliativos, la sima de un mundo sin alma, que entonces sólo era Porvenir y hoy es, en gran medida, Presente!

Por todo esto, tiene razón Gómez de la Serna cuando protesta contra *centenarios* a propósito de Goya. También por cuanto, junto a esa universalidad del pintor, representa su españolidad. Mas, ¡por Dios!, no se me vaya nadie, por eso, al consabido repertorio goyesco: desplante y chulería, petimetres y manolas, las dos majas, la familia de Carlos IV, y todo lo demás. Recordemos algo de lo que Marceliano Santa María ha escrito sobre Castilla, después de una meritisima labor pictórica de sesenta años: «la estepa castellana es un tópico. La España negra, otro tópico también». Sin embargo, en un Zuloaga —pintor de esa estepa y de esa Es-

pañía negra— late, por debajo de la falsedad temática, una realidad. En Goya se esconde, bajo el descomunal tópico, otra realidad: la realidad, nada menos, de lo español.

De lo español, no de España, que para reflejar lo segundo hubiera necesitado, en ese su elevarse de los abismos de su pintura negra, sobrepasar la región de lo puramente humano, en la que se queda. Quizá todo esto sea oscuro e hilar muy delgado. No obstante, me parece fácil de percibir la diferencia entre la idea de España que resplandece en un Velázquez —precisamente porque en él hay algo de angélico— y su ausencia, y el fulgurar, en cambio, de lo español, que pasma en Goya. Claro está que España, por entonces, no era ya sino eso: lo español. Lo óptico. Piedra y gentes. Nada de historia. Carácter. Brochazos. Pintura a zarpazos. Un pueblo a la intemperie, suelta la disciplina, sin un quehacer, que será grande cuando el lívido relampagueo de la invasión le muestre un objetivo definido, y, una vez logrado éste, se perderá de nuevo, inaplicada su energía. Ni el fruto de ésta pasará de lo que d'Ors llama «poppeya democráticas», ni Goya —ser casi mineral, telúrico, todo él instinto, raza y sangre, pero ayuno de España— podía reflejar sino lo que, más que otra cosa, fué oscura y sagrada rebelión instintiva. Pero esto, ¿no era ya mucho?

Basta ello para que Goya se nos presente como lo español máximo. El no sabrá de qué manera lo español ha construído alguna vez esa otra realidad que llamamos España. Pero éste es otro cantar. La realidad es que nadie como Goya, hombre ante todo, supo expresar a este pueblo que, por encima de todo, ha sido siempre un pueblo de hombres, áspero, trágico si se quiere, dado a afirmarse mejor que a desparramarse; pueblo templado, de nervio y empuje. Bien está que el marqués de Lozoya, en esta coyuntura del centenario, se lance a derribar los trampantojos de un falso casticismo que quisiera asfixiar a Goya entre pastorcitos y elegantes y juegos de la gallina ciega. Pero bien estará también que, al lado de ese Goya tan sobrecogedoramente universal, se recuerde al nuestro. En este centenario de su nacimiento,

CRÓNICAS

él nos vuelve a nosotros mismos, nos baña en nuestra sangre y nos envuelve en nuestra tierra; y este volver de cuando en cuando a los orígenes, este reconstruirse a sí misma, ¡supone tanto para una cultura! Todas debieran tener, sólo por eso, su Goya, ¡y ay de la que no lo tenga!

JOSÉ M.^a GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

